

José María Guelbenzu

**En la cama con
el hombre inapropiado**

Siruela

Nuevos Tiempos

*La decisión la atravesaba con sus rayos,
como el sol un cuerpo transparente.*

ROBERT WALSER

CERO

El día que cumplió cuarenta años, María del Alma decidió echar a perder su vida. Había sido una hija ejemplar en un hogar modesto de una pequeña localidad española del sur, cercana a Jerez de la Frontera, aunque había nacido en 1941 en un pequeño pueblo de la provincia de Ciudad Real. Había sido hasta ese momento una mujer ordenada, de acendrada formación cristiana en origen, además de una aplicada estudiante primero y una buena trabajadora después; a la edad de dieciocho años, empujada por su madre y por su propia inocencia, contrajo matrimonio con un hombre de la localidad, diez años mayor que ella, y se convirtió en una esposa competente y fiel, una madre entregada, y, por fin, por uno de esos giros inesperados de la vida, en la separada honesta y consecuente, pero temerosa, del comienzo de esta narración. Había sido, hasta el año 1981, una mujer de costumbres sencillas, apegada a su madre. Era ingenua, cándida, voluntariosa y sumisa, mas la vida en el país en general evolucionaba implacablemente y de modo acelerado tras la muerte del dictador. Hasta en su recóndito domicilio, la infeliz casada empezó a vislumbrar otra forma de vida de la que todo el mundo hablaba: la democracia, que unos celebraban jubilosos y otros denostaban ofendidos.

La de María, en medio de este terremoto nacional, era una vida que su amiga Amalita, de costumbres más que liberales, se había propuesto sacar del rancio e intolerante modo antiguo lleno de remilgos y prohibiciones en que vivía para acercarlo a la modernidad que los nuevos tiempos proponían rampante. Pero retrocedamos, porque el antedicho es un retrato sin fisuras y la vida una contradicción permanente y llena de grietas.

La madre de María, llamada Avelina, era una manchega rubicunda de grandes pechos y amplias caderas, una mujer sin más prendas que las que le otorgara la naturaleza ni otra fortuna que su propia voluntad de vivir. Nacida en 1921, conoció el hambre en toda su crudeza y no aprendió a leer y escribir hasta muchos años después. Su destino tendría que haber sido el propio de una niña enclenque y mal alimentada, mas, por razones que nadie se explica, las estrictas sopas de triste contenido, cocinadas una y otra vez con el mismo hueso, y las gachas manchegas desarrollaron en la muchacha un cuerpo de buen ver que le valió el interés de algunos mozos vueltos de una guerra civil iniciada con un cruento golpe de Estado, guerra fratricida que asoló y convirtió el país en un cementerio. Un señor de la comarca del bando de los vencedores la quiso para sí, comprando con un magro auxilio la conformidad de los padres de la desdichada joven, lo que no era de desdeñar en aquellos tiempos de hambruna nacional. Era el año de 1939 y cumplía dieciocho años. Los padres de la criatura ejercieron de criados para todo del señor mientras el señor se solazaba con Avelina, aunque la tratara como a una criada más, sin otro miramiento y sin poner en valor la disposición de la chica. Si en el pueblo se murmuró, no lo sabemos, mas lo suponemos. En todo caso, no está de más señalar que ella siempre contó con la simpatía de la diminuta maestra del lugar, quien le enseñó las primeras letras y a la que un día reencontraría en

la población del sur de España a la que acabó huyendo, bien distante para bien de la que sería su hija, la figura principal de nuestro relato. Cuando cumplió los veinte años de edad dio a luz una niña concebida del señor a la que puso el nombre genérico de María, sin especificar una virgen concreta para no comprometer a ninguna y por respeto, ya que se encontraba moralmente en precario gracias a aquella pecaminosa relación. El cura, un zopenco que atendía varias parroquias a lomos de mula, ante semejante amancebamiento descarado y con una hija del pecado por medio, puso el grito en el cielo, hasta que el señor se encerró a hablar con él y de resultas de este concha-beo se hicieron unos discretos arreglos en la iglesia del pueblo donde oficiaba, engordó la bolsa del párroco disperso e itinerante y al final todo continuó como venía siendo.

Quiso el azar que el mencionado señor del lugar, llamado Villarriba de Abajo, empezara a viajar cada vez más a menudo a la capital, Madrid, y en uno de esos viajes le echó el ojo a la hija de un camisa vieja, una señorita pindonga con ínfulas de marquesa y educada en las Esclavas del Sagrado Corazón, y se casó con ella y con la convicción añadida de poner un pie en la exclusiva, grosera, inculta y despiadada sociedad franquista madrileña. Con este acontecimiento, la suerte (si es que en tal oprobio había suerte alguna) de la amancebada cambió de rumbo. Alejado pronto el señor de sus propiedades para establecer su domicilio principal en Madrid en beneficio del alza social, Avelina perdió toda esperanza de medrar en el pueblo donde se la trataba con el debido desprecio y la maldad natural de los vecinos y un día subió a una camioneta que la llevaría a Ciudad Real, desde donde prosiguió viaje en un desartalado autobús rumbo al sur y acabó con su hija, sus huesos y su voluntad de salir adelante en la casa de una parienta lejana de su madre que vio el cielo abierto para practicar la esclavitud

con ella, ganando a la vez fama de caritativa y acogedora al dar cobijo a la descarriada y a la hija de su pecado.

Avelina no dejó de llamar la atención de la nueva vecindad por su físico tentador y por su sencillez. Los hombres la miraban con interés, de lo que ella era perfectamente consciente, pero no estaba dispuesta a repetir la experiencia anterior y sólo cuando hubo valorado entre aquellos rústicos al que le pareció más manejable se dejó querer hasta que el hombre, perdida la cabeza por ella, le propuso matrimonio.

Y de esta manera consiguió un marido para sí y un padre para su hija, casa y ropa decente, un asiento en aquella pequeña sociedad rural para ella, un colegio cristiano para la niña y un hogar donde reinar a sus anchas. La rueda de la vida, que tan caprichosamente gira en una u otra dirección, encaminó a las dos mujeres hacia la redención en el caso de Avelina y a una mal calculada estrategia matrimonial en el caso de María del Alma, como se verá más adelante.